

Marcos 16 1-8

Sermón Marcos 16 1-8 Pascua 2009,

Cuando pasó el sábado, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a unirlo. Muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, recién salido el sol. Pero decían entre sí: —¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, aunque era muy grande. Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca, y se asustaron. Pero él les dijo: —No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado. Ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde lo pusieron. Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os dijo. Ellas salieron huyendo del sepulcro, porque les había entrado temblor y espanto; y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo.

Nuestro texto comienza con el panorama de tres mujeres, en la oscuridad y primera luz, en camino a una tumba en donde creen que yace no sólo un gran amigo, sino aquel que habían esperado que fuera su Salvador. Es difícil imaginar la tristeza que ha de haber llenado su corazón en ese sendero oscuro la mañana del primer día de Pascua. Habían estado presentes para ver cómo Jesús había sido maltratado, afligido, clavado en la cruz, burlado, y cómo había muerto. Estaban allí el viernes en la tarde para ver el sepulcro donde habían puesto el cuerpo sin vida de Jesús.

Había sido una sepultura apresurada, puesto que no había muerto antes de las tres, y habría requerido algún tiempo para obtener el permiso para sacar el cuerpo de la cruz y obtener la prueba de que realmente estaba muerto. Luego se tenía que envolver el cuerpo con los lienzos acostumbrados para una sepultura y llevarlo al lugar del sepelio. Y todo esto se tenía que cumplir antes de las seis, cuando comenzaba el sábado y ya no se podía hacer ningún trabajo. No hubo oportunidad para ofrecer el respeto al cuerpo de Jesús que las costumbres y el aprecio exigían.

Pasaron 24 horas. Eran las seis de la tarde del sábado, fin del sábado judío. Quedaría solo un breve tiempo para hacer compras

hasta que se oscureciera. Así que las mujeres habían ido apresurados después de la larga espera para comprar las especias necesarias para untar en el cuerpo de Jesús. Pero llegada la noche, había otra larga espera porque no iban a poder hacer nada hasta la mañana excepto tal vez preparar los ungüentos en la casa.

Y el tiempo pasaba. El cuerpo, según ellas creían, ya había estado en la tumba con el calor del día por unas 30 horas o más, y pronto el cuerpo no estaría en ninguna condición para poder desenvolverlo de los lienzos y untar el ungüento en el cuerpo de su amigo. Así que, muy de mañana, antes que saliera el sol, toman las especias y se ponen en el camino para hacer el último servicio para aquel a quien tanto habían querido durante su vida.

Se puede suponer el estado agitado de su corazón por un detalle que los evangelistas mencionan. Mientras iban ya por el camino, recordaron un detalle que habían pasado por alto en su apuro. La entrada de la tumba estaba bloqueada por una piedra inmensa. “¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?” Con toda su prisa y toda su preocupación habían olvidado un detalle esencial. Tenían las especias, ¿pero cómo iban a tener acceso al cuerpo? En esos días, las tumbas de los ricos frecuentemente usaban piedras de molino para impedir el acceso a la tumba. Como Jesús fue sepultado en el sepulcro de José de Arimatea, un judío prominente y rico, podemos suponer que esa piedra tendría esas características. No sería algo que tres mujeres iban a poder mover. Así su preocupación.

Pero todos estos detalles, la compra de las especias, prepararlas, ir de madrugada a la tumba, preocuparse por la piedra que cubría la entrada, — todo esto claramente revela una cosa. Las mujeres esperaban encontrar a un Jesús muerto. No había ni la idea de que se haya cumplido lo que Jesús tantas veces había predicho, que después de tres días resucitaría. Habían visto su cuerpo muerto, y la impresión fue tan fuerte que estaban convencidas de que eso tenía que ser el fin de su vida. Con todo el amor que tenían, con todo el esmero que mostraban por dar los cuidados apropiados a su cuerpo, esencialmente estaban cumpliendo un deber triste, de decir el último adiós a un amigo querido que no volverían a ver en esta vida.

¿Y qué sucede? Llegan al lugar y encuentran que la preocupación acerca de la piedra no tenía caso. Ya estaba

quitada. Pero en el estado de mente en que se encontraban, no les ayudaba ni siquiera la vista de la tumba abierta y vacía. Más bien les asustaba. “Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, aunque era muy grande. Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca, y se asustaron”. Sabemos del Evangelio según San Juan que María Magdalena corrió de la tumba, convencida de que alguien había robado el cuerpo de Jesús. Las otras ven el joven vestido en ropa blanca sentado allí. Lucas nos dice que fue un ángel. Pero el hecho queda que las mujeres con todo lo que veían no encontraban todavía ningún consuelo ni podían imaginar la gran obra que Dios había hecho allí.

Sin embargo, Dios no les deja sólo con ver que Jesús no estaba allí. El ángel les habla, y el mensaje les asegura que el Jesús que había muerto y que esperaban encontrar todavía en esa condición, estaba vivo. Había resucitado de entre los muertos.

“Pero él les dijo: —No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado. Ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde lo pusieron”. Ha resucitado. El cuerpo está ausente porque está reunido con el alma de Jesús, que ahora es el Salvador viviente que ha conquistado el pecado y la muerte. Con esto hay prueba irrefutable de que Jesús realmente era el Mesías de Dios que había venido para redimir a su pueblo. Con esto prueba que realmente todo estaba terminado cuando entregó su vida en la cruz, que el pecado de la humanidad que Jehová había cargado en él ya estaba pagado y así removido para siempre. Con esto prueba que la muerte no es el final para sus creyentes tampoco, que realmente es “la resurrección y la vida”, de modo que los que creen en él no morirán eternamente. Fueron maravillosas noticias. Son el fundamento de toda la fe cristiana. Son la fuente de nuestra seguridad frente a nuestro propio pecado y nuestra muerte. “Yo sé que vive el Salvador, Es de la muerte el Vencedor, Ningún temor jamás tendré, Pues a su lado viviré”. Así canta la iglesia con gozo el hecho de la resurrección anunciada aquí.

Pero el mensaje se tiene que dar a conocer. Aunque la victoria fue ganada para toda la humanidad, en este momento sólo esas mujeres lo sabían. Así tenemos el encargo del ángel a las mujeres: “Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os dijo”. ¡Qué privilegio para estas mujeres! Serán los primeros testigos de la

resurrección de Jesús. Serán los primeros en anunciar la derrota de la muerte y la victoria de la vida en Jesús. No serán los apóstoles los primeros, ellos más bien son los destinatarios para el mensaje de las mujeres.

Pero, ¿Por qué el mensaje se dirige precisamente a los discípulos, y se designa especialmente a Pedro? Son discípulos que han sido infieles. Cuando Jesús más necesitaba su apoyo, habían huido por miedo a los judíos incrédulos. Pedro hasta había negado a su Señor con juramentos y maldiciones. Son personas que estarán muy conscientes de que son indignos ya de ser discípulos del Señor, que con su pecado han merecido su rechazo y la pérdida de su posición como discípulos de él.

Pero ahora deben ser los primeros en escuchar de las mujeres que Jesús ha resucitado. Deben recibir la seguridad de que sus pecados son perdonados, de que son restaurados a su posición como apóstoles, y que testificarán en el mundo entero de que hay salvación en el Cristo resucitado.

Tal vez nos parezca extraño el último versículo de nuestro texto. “Ellas salieron huyendo del sepulcro, porque les había entrado temblor y espanto; y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo”. Es obvio que no debemos tomar lo último en sentido absoluto, porque tanto Mateo y Lucas nos dicen que las mujeres sí lo contaron a los discípulos cuando los encontraron. Marcos enfatiza el temor que formaba parte de la fuerte emoción que sentían. Mateo nos dice: “Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos”. Mientras iban, Jesús mismo se les apareció y repitió las instrucciones del ángel.

Y nosotros, como esas mujeres, tenemos el privilegio también de anunciar a un mundo que anda en el pecado y las tinieblas de la incredulidad que Dios ya ha tratado con su pecado, que ya lo ha redimido, que la resurrección de Cristo anuncia perdón y vida también para ellos. Es cierto que muchos preferirán quedar en su incredulidad y muerte espiritual. Pero ¡qué privilegio poder ser instrumentos en hacer que algunos escuchen y luego creen en su Salvador resucitado, para que también compartan con nosotros y el Salvador resucitado una eternidad bienaventurada! ¡Qué privilegio poder decir a un mundo culpable que sus pecados le son perdonados, y que la resurrección de Cristo es la prueba

indubitable del hecho! Aleluya. Cristo vive. Ha resucitado. Ha resucitado de veras. Aleluya. Amén.